

**ROSALBA CAMPRA**

***En los dobleces de la realidad: Exploraciones narrativas***

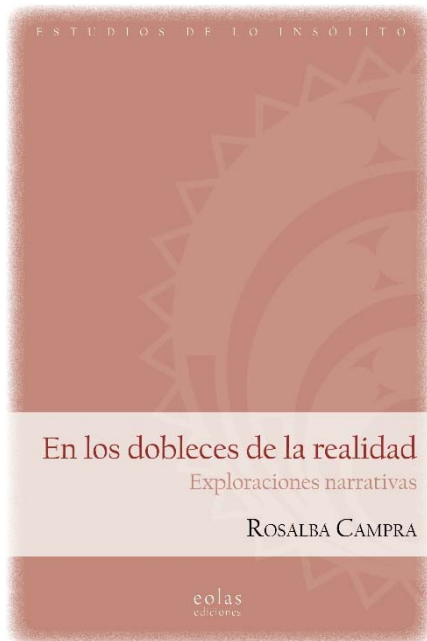
León: Eolas Ediciones, 2019

**JORGE CHEN SHAM**

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

**La actualidad de sirenas, fantasmas y sueños.**

**Nuevas exploraciones de lo fantástico y sus contornos**



Lo insólito y lo extraordinario, la irrupción de una realidad alternativa y diferente, la atracción por esos seres sobrenaturales cuya presencia es tangible o perceptible, sigue fascinando a los lectores y a los creadores de ficción. La especialista Rosalba Campra, dedicada desde hace más de 30 años a estos géneros de lo neo-fantástico, viene de publicar el libro *En los dobleces de la realidad: Exploraciones narrativas* (Eolas Ediciones, 2019); se trata de una Editorial consagrada a la teoría y práctica lo insólito y a la comprensión de una realidad que dista mucho de los cánones de lo mimético realista, cuya colección dirige Natalia Álvarez Méndez, de la Universidad de León, España. Este es un libro fascinante por la actualidad de los temas y las



figuras de lo fantástico, que sigue dando de hablar y se cultiva actualmente con renovación y con ahínco.

En “Estas exploraciones: premisas” (pp. 13-17) se introduce brevemente las razones del libro para confesar la fascinación que siente Rosalba Campra por fantasmas, vampiros y dobles, todas concreciones estéticas (véase el lado paradójico de tal sustantivo) de las “formas y finalidades” (p. 15), que funcionan en tanto artefactos “culturales” y solamente pueden y deben definirse según colocación dentro de un texto. Lo que está en juego es una definición del “objetos” en los que se disfraza y singulariza lo fantástico, para que las preguntas-títulos sobre “¿Qué hacer con las sirenas?”, ¿De dónde vienen los fantasmas?”. “Leer ficciones: condiciones y consecuencias” y “El relato de sueños: ¿qué clase de tejido es u texto” sean las que inquieten respectivamente los capítulos 1, 2, 3 y 4, mientras que el Cap. 5 constituye una suerte de balance crítico con el sugestivo título “El envés de lo leído: desde el lugar de la escritura”, en donde la autora apuesta por plantear “distintos grados de lo insólito” (p. 16), a la luz de la percepción y la mirada de quien aborda y narra el texto. El paso de un capítulo a otro está asegurado por un “intermedio”, un verdadero entreacto performativo y metaficcional, en donde Campra apuesta por la breve ficción narrativa, dentro de un juego bien logrado que pone al lector sobre el envés y el reverso.

Así, se lanza todo un programa heurístico con la pregunta inicial “¿Qué hacer con las sirenas?” y este capítulo I (pp. 19-60) comienza con esa obsesión de la clasificación, porque Campra no solo es crítica sino también escritora, que empieza a coleccionar todo lo que encuentra sobre las sirenas. Al hablar de esta “seducción” (p. 22), yo diría fascinación, comienza por esa magnífica e idealista taxonomía que presenta Jorge Luis Borges sobre los animales del emperador, para subrayar los “criterios de categorización manifiesta” (p. 23), que ella complementa con los de otro escritor argentino, Julio Cortázar, afirmando que “para clasificar, actuamos siguiendo procedimientos de selección, y por lo tanto de descarte y creación de conjuntos” (p. 26), con el riesgo inmediato de causar la opacidad y de borrar ciertos rasgos y ponderar otros. Siempre queremos ordenar y para ello establecemos sistemas de clasificación genérica y morfológica, muy propios de las ciencias naturales; Campra se confronta a las sirenas, definidas por su hibridez corporal, mientras que empieza a aislar rasgos definitorio como la seducción y su canto fascinante, motor de tres relatos que ella descubre en antologías relacionadas con lo fantástico: el argentino Manuel Mujica Láinez, el italiano Giuseppe Tomasi de Lampedusa y el de los franceses Nathalie y Charles Hennerberg. La fuente de donde emana el sentido del texto, su focalización y las distorsiones que se plantean (p. 50-51) conducen a un deslizamiento y a una indeterminación que pone en entredicho la formación de un juicio autónomo y sólido sobre estas sirenas, eso es lo que causa la deriva y zozobra de un objeto que el lector sabe tiene los contornos de un monstruo o de una “pérfida encantadora” (p. 56).

A la luz de lo anterior, el Cap. II (pp. 65-95) reconoce la invasión de los fantasmas para enfrentarse así a las “pulsiones reprimidas” o a los resquebrajamientos de la “solidez del positivismo” (p. 67-68). Pero Campra se decanta más bien por esa presencia enigmática del fantasma en tanto “*funcionamiento silencioso* de la Compañía” (p. 68, el énfasis es de la autora), a propósito del relato de Borges “La lotería en Babilonia”, en cuyo origen Campra está siguiendo al propio Cortázar cuando explicita explicaciones terapéuticas o catárticas frente al miedo o las fobias que los fantasmas hacen emerger: “se generan en ciertos pavores ante lo inexplicable o inidentificable” (p. 74) y, recurriendo al clásico “Axolotl”, pone el énfasis en la experiencia de lenguaje y el acto de narración al cual nos confronta al narrador y, por consiguiente, también al lector “en su permanente capacidad de perturbar nuestras certidumbres” (p. 75). Es decir, vuelve Campra sobre esa etimología del “fantasma” que señala tanto lo oblicuo como la persistencia de una presencia lejana; esta es propia de todas aquellas inversiones y reversiones que acompañan a los personajes como si fueran un doble, el cual persigue, acorrala y usurpa la identidad en esa exploración que realiza Campra por Alina Reyes, Filiberto o Felipe Montero, personajes protagónicos de Cortázar o de Carlos Fuentes.

El Cap. III (pp. 101-118), muy breve por cierto, retoma esa idea de que ese trabajo de interpretación al que lo fantástico somete al lector termina por obligarnos a una interpretación entre líneas, para hacer “visible una realidad celada metafóricamente en los dobles” (p. 92); afirmación que Campra pone sobre el tapete en relación con el tópico del goce estético y la lectura especializada, pues retoma aspectos como la indeterminación o la competencia lectora, que la teoría literaria pondera actualmente. Pues bien, la ficción de lo insólito y lo extraordinario obliga a un régimen (ejercicio y disciplina) para confrontarse a los huecos y a los vacíos que la narración suscita, de omisiones, de silencios y de verdades dichas a medias, para que sea necesario una estrategia: “Sepa llamar a su puerta el lector, y le será abierto” (p. 114).

Se trata de un “Ábrete, sésamo” (si se me permite agregar esto a las ideas de Campra), para que el Cap. IV (pp. 123-177) desarrolle las complejidades del mundo de los sueños, de la vigilia y del espacio de lo onírico. Cabe preguntarse por el modo de presentación de los sueños en los estadios de la vigilia, porque solamente allí tiene una posibilidad de plantearse lo que se escaparía por ser inenarrable e inexplicable lógicamente hablando (p. 125). “No conocemos los sueños de nadie: conocemos tan solo su relato. Cada uno de nosotros sueña en soledad. Experiencia imposible de compartir, por lo menos hasta nuestros días” (p. 126); Campra advierte con gran pertinencia, para que su posible comunicación y narración sean durante la vigilia y el territorio de los sueños sea inaccesible hasta para el soñante, que solamente cuando ha despertado puede constatar el término de su estadio anterior. Ahora bien, una pregunta se impone aquí y es la que tiene sentido en lo fantástico: “¿qué elementos del relato permiten al oyente o al lector identificar la narración de un sueño?” (p. 130) y “¿Cómo distinguir el relato de un sueño ‘verdadero’ de uno ‘falso’ y de uno ‘ficcional’?” (p.

148). La extensión de esta reseña-comentario no me permite esbozar sus argumentos con prolijidad, solamente apuntar que depende, para Campra, del punto de vista y de la “telaraña” (p. 173) de hilos narrativos, de pistas y certitudes, para que, utilizando de nuevo la metáfora textil, insista en el “encaje” (p. 176) que el texto hace montar para hacer funcionar el desfase entre la experiencia onírica y su narración.

Ese lugar privilegiado de la escritura/narración del sueño es lo que le permite a Rosalba Campra terminar este libro con un balance crítico en el Cap. V (pp. 183-206) que enarbola una constante teórica: el estatuto del texto narrativo en tanto representación “de un particular modelo del mundo” (p. 189), porque lo insólito y lo extraordinario (reconocidos como ruptura y desviación) se organizan según los modos de “lo sólito” (p. 189), y yo añadiría, de reglas y convenciones que son parte del lenguaje y este tiende a lo lógico y a un relato creíble y sin fisuras. Esta es la paradoja final, para que Campra tante un terreno de exploraciones y de grados de lo fantástico, porque el lector debe aplicar “la racionalidad”, “no para negar ese mundo otro, sino para integrarlo en una legalidad” (p. 191). He aquí las razones por las cuales lo (neo)fantástico sigue fascinando e interpe-lándonos.